

FOTOCOPIADORA

(24)

C.E.P.S.I.

PSICOTERAPIA II

Folio

8

SIF 1

DF 1

Universidad Nacional de La Plata

Facultad de Psicología

PSICOTERAPIA II

Ficha de Cátedra

Publicado en Campo Grupal Nº 83 *A propósito de I. Lewkowicz*. Octubre 2006. Ficha de circulación interna.

Sólo hay encuentros

María Celia Labandeira

“El día que sepa a quién dar las gracias,
lo sabré todo y podré morir en paz.”

Jacques Derrida *El monolingüismo del otro*.

En el prefacio de *Para leer El Capital*, Althusser dice que así como a partir de Freud comenzamos a sospechar lo que quiere decir escuchar, y por lo tanto lo que quiere decir hablar y callarse, es a partir de Marx que deberíamos comenzar a sospechar lo que quiere decir leer, y por lo tanto escribir. Yo agregaría hoy que fue a partir de Ignacio Lewkowicz que muchos comenzamos a comprender lo que quiere decir pensar, y por lo tanto existir.

Lo conocí en la Facultad de Filosofía y Letras, durante los primeros años de los 80. Ambos éramos estudiantes de la carrera de Historia. Lewkowicz se destacaba en las clases por sus comentarios lúcidos y provocadores. Su gesto era genuino, sin poses. Le gustaba la figura del oximoron. Quizás porque le permitía comprender su serena ansiedad. O el aturdimiento que provocaba su voz casi inaudible cuando hacía alguna de esas intervenciones con que acertaba enfrentarnos a un real insoportablemente verdadero. El planteo de una hipótesis, la configuración de alguna idea, cualquiera fuera, propia o ajena, lo volvía radiante. La desolación de su mirada lo hacía particularmente intenso. Concebía la

angustia como condición de posibilidad para la emergencia de un pensamiento nuevo que inaugura existencia y no como la escena dramática de un espectáculo superfluo -ése que gozamos secretamente cuando nos representamos como víctimas. Cuando un sujeto se decide a pensar su angustia pensándose en ella, establece las condiciones para atravesarla fundándose a sí mismo en esa nueva práctica de pensamiento. Sin retorno. Mucho tiempo después supe que ésta había sido para mí su primera enseñanza. Yo comenzaba así a comprender la activa potencia subjetivante del pensamiento. Un pensamiento que deja huella en quien lo piensa porque lo transforma irremediamente en otro. Pensar. Existir.

Pasaron algunos años. Una tarde Lewkowicz llamó a mi casa para invitarme a participar de un grupo de estudio que él mismo dictaría sobre *El Capital*. Acepté la propuesta y llegué puntual a la primera clase. Era sábado por la mañana. Nos reunimos en su casa de Rivadavia y Medrano. En aquel momento yo ni siquiera podía imaginar el carácter inaugural que esa experiencia tendría en mi vida. “Estamos estudiando a Marx”, les contaba a mis compañeros de facultad que no se habían anotado en el curso de los sábados. Pero un Marx que en poco o nada se parecía al que enseñaba la Academia y la militancia partidaria. Lewkowicz proponía una lectura singular. Perturbadora. No daba tregua. Hacía lo imposible para que lográramos plantear nuestras propias preguntas a los textos que íbamos estudiando. Preguntas desde el desencanto. Pero persistentes. Formuladas a partir de nuestras nuevas y complejas situaciones. Sin tributación alguna a problemáticas heredadas. En esos años aprendí a pensar el discurso marxista buscando comprender en él la singularidad de su enunciación. No se trataba de desconocer los efectos que los textos de Marx y el marxismo posterior habían provocado en el pasado. Se le rendían todos los “hombres” a cada una de sus “glorias”. Pero era imperioso evaluar su eficacia actual para dar cuenta de lo nuevo y, de no pasar satisfactoriamente la prueba, atreverse a asumir su agotamiento e inaugurar un pensamiento propio. Un pensamiento que no enmascare su impotencia refugiándose en la repetición de rituales consagrados. Un pensamiento que se arriesgue a pensar su propio imposible - aunque después de hacerlo deba, incluso, renunciar a

sí mismo y ensayar alguna otra forma de existencia. Entonces entendí como nunca antes aquella famosa sentencia marxiana sobre farsa y tragedia. Sabía ahora la diferencia entre serie y acontecimiento. La práctica de pensamiento que Lewkowitz proponía pronto me hizo comprender que para poder seguir pensando yo tenía que renunciar a lo que me llegaba ya pensado por otros, en situaciones ajenas a las mías. A pesar de mi resistencia, la identidad marxista que en gran parte me constituía y me prometía una seguridad garantizada comenzó a fracturarse de modo irremediable. Incluso arrastraba con ella en su caída a otras identidades más antiguas que, ingenuamente, yo creía haber podido desalojar "gracias al marxismo" cuando, en realidad, lo único que había logrado era reacomodarlas para que quedaran intactas. Descubría ahora que, aunque renovado, mi sistema de identificaciones aún conservaba su sólida consistencia. Y yo, cínicamente, me había amparado en ellas por temor al efecto devastador que cualquier otra novedad pudiera provocarme. Experimenté esa extraña incomodidad que produce aquello que siendo entrañablemente familiar comienza a resultar ajeno. Conocí lo siniestro. Pero no en los "horrores del mundo" que insistía en denunciar con progresista y mezquina indignación sino en la intimidad de mi propia estructura. Me defendí como pude y en vano intenté inútiles coartadas de reaseguro. Lewkowitz lo advertía, pero sabía acompañarme. Siempre supo hacerlo. Ni siquiera hoy siento que me abandona a mi suerte. Yo había hurgado en mi propia trama, pero del lado del revés. Había examinado no sólo los pensamientos que me constituían sino también los dispositivos que los producían y reproducían en serie. Y eso tenía su costo. Algo de mí no resistió esta nueva mirada. Por primera vez advertí el gran lastre de repetición que puede albergar una pretendida novedad. Aprendí a ponerme a mí misma bajo sospecha. A desconfiar de la comfortable seguridad de mis certezas, de los indulgentes relatos con los que todavía insisto en contarme mi propia historia. Estudiando las operaciones de pensamiento de Marx en las diversas situaciones de sus intervenciones teórico-políticas, Lewkowitz me había enseñado, sin que yo lo advirtiera, a pensar mi propio pensamiento. Pensar. Existir.

No tardamos mucho en comenzar a estudiar a Louis Althusser. O por lo menos eso fue lo que yo hice: me anoté en todos los cursos que Lewkowitz dictaba sobre él. Todavía recuerdo el impacto que me produjo la tesis de los *Aparatos Ideológicos de Estado*. Las cosas para mí ya no serían las mismas después de esa idea. Comprendí entonces que el Marx que discutíamos en los grupos de estudio era producto de la lectura de Althusser. Pero también aquí la apropiación singular: leíamos al Marx que leyó el Althusser leído por Lewkowitz. Dicho de otro modo, Lewkowitz enseñaba a leer las operaciones de lectura en que se va constituyendo un pensamiento. Leíamos a Marx a partir de la lecturas de Althusser. Leíamos a Althusser a partir de la lectura de Lewkowitz. Lectura de lectura. Lewkowitz ponía el acento en la empresa de pensamiento althusseriana. No enseñaba el Althusser de la doctrina partidaria comunista sino aquél que se proponía pensar más allá de sus condiciones, pero no para negarlas o renegar de ellas sino para asumirlas plenamente y así poder suplementarlas con sus propias tesis. Desde el partido, más allá del partido. Para Lewkowitz, Althusser mostraba cómo un pensamiento se constituye a sí mismo como pensamiento situacional: sólo puede pensar a partir de sus determinaciones y no desde una ilusoria representación de sí o desde una la abolición utópica de las exigencias que lo emplazan. Y en esa creación de sí mismo, sólo puede ser fiel a su propia práctica pensante, dejándos andar hasta donde llegue, sin clausurar su impredecible punto de llegada. Sí, Althusser asumía la identidad comunista, pero ponía las condiciones teóricas para estallarla. El pensamiento no se detiene en ningún sistema cerrado de saberes y convicciones. No deviene identitario. No transmite, produce. No confirma, subvierte. Así aprendí a mantenerme alerta de mí misma y a desactivar a la "persona" que creo "ser" para poder dar lugar a los sujetos en que voy existiendo. Pensamiento que se piensa. En fidelidad a la práctica de pensar y no a la repetición/confirmación de lo pensado. El pensamiento como práctica de subjetivación. La subjetividad sin la ideología del sujeto. Pensar. Existir.

Siguieron otros estudios. Pero siempre el retomo a Althusser. Sus textos no cesaban en convocarme. Después de un tiempo decidí suspender los encuentros sistemáticos de los grupos de lectura. Seguí en diálogo con

Lewkoicz, pero ahora a partir de inquietudes específicas al interior de mi práctica profesional. Me dediqué a mis clases de historia en la escuela secundaria y a teoría política en la universidad. Sin proponérselo, Lewkowicz también me había enseñado mucho del oficio de enseñar. Organizaba sus grupos de estudio como experiencias de pensamiento. Procuraba que algo nuevo ocurriera allí. Concebía sus clases como situaciones en sí mismas que se justificaban en su propia inmanencia. Evitaba la transmisión de saberes —aunque no carecía de ellos. Prefería la fecunda producción de ideas. Ideas individuales y colectivas. Cualquiera fuera su naturaleza. Pensaba y caminaba en sus clases. Daba vueltas, se detenía por un momento y volvía a ponerse en marcha. Se movía como pensaba. Como si temiera que al detener su andar, también pudiera quedar detenido su pensamiento, congelado en alguna estéril certeza identitaria. Se entusiasmaba con cualquier atisbo de hipótesis y sin demoras, casi con desesperación, lo convertía en un pensamiento lúcido, activo, siempre bello. Hoy, en mis clases, sigo ensayando su forma. Las “perplejas” instituciones educativas, con graves dificultades para generar efectos de sentido, no son ajenas al “desfondamiento” propio de estos “tiempos de fluidez”. Comprendí que la producción de pensamiento individual y colectivo puede ser una forma de habitarlas para los sujetos -yo incluida- que pasan por ellas. Pensar. Existir.

Durante estos años seguí estudiando a Marx y a Althusser, pero desde otras perspectivas. Si con Lewkowicz había aprendido a pensar la enunciación de los textos marxianos y no a buscar la confirmación de sus enunciados, ahora comprendo que para dar cuenta de esa singularidad enunciativa sobre la que él insistía, es imprescindible someter esos mismos textos a un análisis lingüístico y discursivo. En relación con Althusser, me concentré en la producción de sus últimos diez años. Tiempo en el que Althusser adhirió a lo que él mismo denominó “materialismo del encuentro” o “materialismo aleatorio”, lo cual le permitió seguir pensando más allá del propio marxismo. Esta “corriente subterránea” que recorre la historia de la filosofía implica una nueva y provocadora “posición” filosófica que, al incorporar el principio de lo “aleatorio”, pone en tensión y obliga a repensar algunas de las conclusiones althusserianas más clásicas.

El “materialismo del encuentro”, configurado a partir del clinamen de los átomos de Epicuro, se basa en la interpretación de una única proposición: hay, e interviene teóricamente dando cuenta de cualquier encuentro aleatorio que haya tenido lugar; “levanta acta” del hecho consumado y piensa la contingencia de su necesidad como efecto de la necesidad de su contingencia. Algo ocurre: encuentros. Y sólo una vez producido el encuentro, ¿nunca antes? un mundo toma forma, se estructura un orden a partir de sus elementos. El encuentro inaugura, a la vez, una determinada forma de seres, en una determinada forma de orden, con un determinado sentido, pero la determinación sólo es producto de la estructura del encuentro de sus elementos y no de los elementos en sí mismos antes de tal encuentro. El ser de los elementos es aleatorio, nunca necesario ya que sólo son en tanto posibilidad de ser a partir del encuentro y no antes. Por lo tanto, no habría ni origen, ni causa, ni razón, ni sentido, ni fin, ni sujeto que haga existir lo que hay. Y debido al fondo aleatorio sobre el que se sostienen, las leyes de un mundo pueden cambiar sin razón inteligible y a cada instante ya que la sorpresa adviene en un encuentro impredecible, haciendo posible el comienzo de otro nuevo mundo.

La “filosofía del encuentro” permite pensar así el acontecimiento, la novedad radical, la singularidad enunciativa que subvierte la serie de un estado de situación. Si en sus últimos textos Althusser había logrado pensar más allá de sí mismo, las hipótesis de Lewkowicz sobre la “subjetividad en la fluidez” y el “pensamiento situacional” logran potenciar su pensamiento tardío y conducirlo a donde ni siquiera el propio Althusser podía prever. Nuevamente, lectura de lectura. A donde el pensamiento quiera llevarnos. Ninguna identidad a resguardo. Sólo encuentros por habitar. Pensar. Existir.

Pienso estas notas como una suerte de registro de inventario que busca “levantar acta” de un “encuentro” aleatorio y decisivo para mí. Mi encuentro con Ignacio Lewkowicz. Con quien todo empezó.